





# A la espera de alguna luz

Francisco Gómez



Título: A la espera de alguna luz

Primera edición: diciembre, 2024

© 2024, del texto Francisco Gómez.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 205-2025

ISBN: 978-84-10062-82-5

*Para Angelines y Kico,  
vuestra Luz sigue aquí  
hasta el último aliento*



# Índice

Prólogo.....	9
El alma de los tristes.....	11
Conversaciones y cervezas .....	19
Amor cero.....	27
Panta rei.....	31
Los yoes simultáneos.....	37
Tu nombre sin complementos .....	45
Nasciturus.....	51
Los fantasmas.....	57
Roge.....	63
Robotijo .....	75
Marrullas.....	89
Sueños de la Xiqueta .....	95
La espera.....	105
El observador .....	113
Los sueños caídos .....	119
El escritor anónimo.....	123
La trampa.....	131
Incógnitas montañas azules .....	137
Ciudad.....	147





# Prólogo

Francisco Gómez nos invita con este haz de diecinueve relatos, quizás el corpus narrativo que mejor aglutina y condensa su mundo emocional y poético, a penetrar en un territorio personal pero acaso transferible. Su escritura oblicua, de la que difícilmente podría desprenderse, es una forma de episteme para acceder a la realidad.

En este libro hallará el lector historias bien hiladas que le conmoverán o le harán reflexionar sobre el sentido de la vida y las incógnitas que nos deparan las estaciones por las que pasamos, hasta llegar a la terminal donde, en definitiva, concluyen todas las líneas. Historias que tienen el sabor de lo vivido y de todo aquello que no se cumple. De los días que casi nunca son como prometieron ser. Francisco nos habla con la cercanía del amigo con el que conversamos, acodados en la barra de un bar. Sus personajes son el hombre anónimo entre la multitud cuyas cuitas no dejan de recordarnos la vulnerabilidad extrema del ser humano. Si nos detenemos a escuchar las confidencias de nuestro compañero de barra, veremos que, en una suerte de otredad, Francisco Gómez acerca la cámara en un zoom, hasta mostrarnos sus heridas, nuestras heridas. Al escribir relatos como «Ciudad», «Marullas», «La trampa» o «Panta rei», su autor levanta la punta del velo que cubre el rostro de Isis y trata de recomponer, con su intuición y su poética, el resto de la imagen.

Como contrapunto, también hay espacio en este libro para la sonrisa y la ilusión, como en esa delicia de relato que

es «Sueños de la Xiqueta». La nostalgia del mundo de ayer es otro tema recurrente en este autor, como si aquel chute fallido al balón hubiera completado hoy su trayectoria de bumerán, y trajese con él, de vuelta, una luz rara y hermosa.

*Juan Carlos Lozano Felices,  
Escritor y Poeta*

# El alma de los tristes

«Ayúdame a encontrarte».

Tenemos roto el corazón por los golpes y heridas que nos ha regalado la vida y ya no sabemos bien adónde vamos. Si caminamos hacia algún lugar entre esta niebla densa sin límite ni término.

Somos una comunidad en penumbra que se marchita cada amanecer entre los filos de la incertidumbre y el escepticismo. Hemos perdido y no importa. A nadie importa. Quizás ni a nosotros mismos. Fantasma alrededor de los que dicen ser felices y tienen una vida normal y ordenada, hombres y mujeres de provecho, de bien. Estamos bastante perdidos en nuestros mares de las desolaciones personales. Unos abatidos por la enfermedad, otros hundidos por un amor roto o el desamor sin besos amantes ni nadie que espere al final de cada tarde con sus abrazos y melena al viento. Muchos sin trabajo ni esperanza de alcanzarlo en esta so(u)ciedad fría y competitiva que ya no es humana y solo levanta muros, puentes, fosos, almenas, espinas al otro que ya no es hermano.

«Omnipresente dios de los hombres».

No queremos dejar de creer, de creerte, de sentir que Tú estás entre Nosotros en nuestro dolor, en nuestra derrota, en nuestros ojos que ya no lloran porque se han

acabado todas las lágrimas. Queremos seguir creyendo que Tú nos escuchas, que atiendes nuestras plegarias y nos darás si te pedimos, como dice el versículo del libro principal. Que Tú estés al lado nuestro aunque no veamos nada, pese a no sentir tus pisadas misteriosas en nuestra retina y nuestros corazones. No podemos ver nada y seguimos gateando como podemos entre el bosque de zarzas. Han sido, son y serán tantas derrotas en el corazón y en los cuerpos. Muchos cargamos demasiado equipaje y el barco hace aguas de hundimiento. Esperamos que lo sepas y hagas algo si quieres y estás. Tantos y tantos dudan de tu silenciosa presencia... Dicen que no estás, que eres un invento de los hombres para combatir su miedo a morir, desaparecer. Al silencio y la soledad infinita. A no saber si alguien nos espera con los brazos abiertos al otro lado, si detrás hay cielos, valles, montañas, nubes, parques, abuelos, niños y besos, muchos besos...

Tenemos tanto miedo y desconocimiento...

Omnipresente en las flores, en los árboles, en la mar, en las playas, en los besos, en las miradas, en los ojos, en los abrazos buenos que a veces escasean.

«Si ves el alma de los tristes  
entra en la mía y llora junto a mí».

Mi alma, nuestra alma está seriamente derrotada y queremos creer que Tú lo sabes. No está ella. El mundo se hundió y sabemos que le importamos cero al humano mundo. Tampoco a ella. El corazón vive entre lágrimas y tinieblas de sequedad. Si ves nuestra alma perdida, entra en Nosotros y llora junto a mí, junto a nosotros, en nuestro regazo.

Ya no sabemos, ya no podemos, ya no vemos, ya no queremos y algunos no aguantan más y se marchan. Contó un policía que un joven se lanzó desde un puente al recogerlo hecho pedazos, el juez y el forense encontraron en los

bolsillos de su chaqueta la foto de la mujer amada y una margarita deshojada. La susodicha se casó a la semana siguiente con otro tipo. Despreció la demanda de quien la amaba hasta el extremo.

Muchos vuelan tras el Azul al viaje más incógnito de todos, el más misterioso, desconcertante. Sin billete de vuelta para notificar las incidencias del recorrido, las distintas paradas en las diversas estaciones y tratar de conocer qué vivieron durante el trayecto.

La luz tiene tantas sombras escondidas en la tierra. La luz amarillea en las tardes en retirada. Recuerda otros momentos cuando soñamos ser felices. Quizás fue así en la salvación de nuestra memoria selectiva.

«Creo en la luz».

Cuando se levanta y acaricia el día que nace, cuando arde en su plenitud y deslumbra todas las cosas. Cuando acaricia los cuerpos y los corazones. Cuando peina la fachada del edificio de enfrente y nos invita a soñar a pesar de los pesares. Estamos seriamente rotos, pero queremos confiar. Creer que el sueño de la felicidad es aún posible aunque algo desde dentro nos invite al desencanto. Esperar lo inesperado, creer en lo increíble. Confiar en el misterio del milagro que puede volver tras cualquier esquina, cualquier llamada. Descolgar los cerrojos de las redes y llorar de Alegría porque sea cierto.

Como dice el cantor: «Dices que soy hombre triste, que llora mi corazón». Que escucho pasar el tiempo tras la ventana mientras aguardo tu regreso y caminan las horas, los días, las semanas, meses, años y la barba crece ya cana. Al otro lado del cristal se refleja una imagen de hombre perdido y en retirada, en los minutos de descuento cuando se recortan casi todas las posibilidades y las aceras son cada vez más cortas y limitadas.

Somos seres severamente perdedores que sabemos qué es ver marchar muchos trenes de todo tipo. Seguimos a duras penas por entre las tinieblas de la noche que ya no sabemos dónde nos olvidará. Los golpes a la salud, las pérdidas y ausencias, los quebrantos al corazón han hecho mella en nuestro espíritu inquieto, quizás para siempre.

Nos dicen que somos nostálgicos, tendemos a la melancolía de los tiempos idos cuando no sabíamos que nos bebíamos la felicidad a tragos y el tiempo se había congelado en instantes de plenitud y destellos de belleza. Ahora nuestros pasos son sombríos, oscuros, perdidos en mitad del sol que ya no espera. Nadie aguarda en este momento incierto al final de cada jornada con abrazos amantes. Su melena negra, ondeando al viento como la mejor de las banderas y su sonrisa, preludio de todas las posibilidades.

Reflejo de la inmensidad y la transparencia. Lo simbólico que puede aguardar tras el misterio como un anuncio previo. El abanico de variaciones de la luz como los estados de ánimo que atraviesa el alma de los tristes sin importar horarios y estaciones del día.

«Creo en los amantes».

Que se aman, sabedlo, como dice el poeta malagueño de la luz. Que se buscan y encuentran. Que tienen proyectos para romper las cadenas de la rutina, el tedio, el hastío, el aburrimiento. Que sueñan un caminar juntos a pesar y por encima de todas las cosas.

«Creo en el mar».

La mar. El misterio más insondable e infinito. El mar es tan inmenso como tu alma en movimiento. Tan arcano como tu espíritu que te envuelve en la noche de los tiempos.

Mirar la mar y no pensar en nada. Espejo de tu corazón en los diversos vaivenes que vienen y van, van y vienen. De los mares calmos a los enrabietados. De los azules a los verdes, rojo sangre y lilas en permanente conversación con el cielo. Mar y Cielo por separado, un binomio indivisible desde que los dos nacieron. El mar, la mar que alguna pausa puede traer a nuestros corazones inquietos, a nuestro ser más desarbolado, a nuestro ánimo en quiebra. Creemos en la mar que es amante y peligrosa, cariñosa y delirante. Dormida y acechante, escuchadora de nuestros anhelos y sueños a los que nadie hace ya caso. Porque no importamos. No somos casi nada para casi nadie.

Hemos luchado (quienes se han atrevido), y hemos perdido y ya no sabemos si tenemos recuperación en este tiempo que se desangra entre las manos en el desastre de los días actuales.

«Creo en la luna».

En su belleza blanca, en su silencio callado de aura. En su misterio de siglos sobre nosotros, los alegres y los tristes. Tantos poetas te han cantado, te han dedicado versos y versos, poemas, historias... Y tú sigues ahí, mirándonos callada como si no te molestase el destino de los hombres, de los tristes de ánimo, pensamiento y corazón.

«El tiempo vuela y me desviste».

El tiempo, el maldito tiempo que ha jugado en contra de la voluntad de los tristes, que han perdido las batallas de la vida mientras caían las hojas de los calendarios y los minutos agujereaban sus bolsillos con los desprecios de la vida, el amor y los desaires de la muerte. Las horas cosen a los tristes con dardos de desencuentros y desastres cotidianos. Ya no saben cómo taponarlos, cómo supurar tantas heridas que

desangran en las horas calladas que no esperan. El tiempo de la felicidad, la dicha y el amor se marchó para los tristes que miran los relojes que no les sonríen, no les hablan en esta ruindad de días con esmalte frío.

Somos legión los tristes. Una inmensa hermandad de errantes que andamos sin rumbo cierto por los páramos de la vida, la salud y el amor. No sabemos si tendrán límite ni fin nuestras penas en esta vida esquiva que ha golpeado los soportes centrales del ser, del vivir. Las pérdidas de salud, amor y seres amados han taladrado los cimientos y ahora vagamos perdidos por las estepas de los vicios, la tristeza sombría de la bilis negra, como se llamaba en el siglo de oro español. Ya no aguardamos, dueños de mil quebrantos.

«No sé muy bien dónde te hallas  
y al despedirme te di la espalda.  
Atrona tanto este silencio».

Tu silencio es tan duro, tan inquietante. Como si no estuvieras, como si no fueras, como si no te importáramos. Muchos te buscan en los libros, en los templos, en las calles, por las avenidas, en los rostros agrios de la gente que pasa y no mira. Y no te encuentran. Otros te buscan desde su interior, desde el silencio que atenaza y asusta y tampoco dicen sentirte.

«Atrona tanto este silencio».

La quietud de tu voz atrona arenas, colinas, periferias sin amor en este silencio que perturba. Otros tristes afirman lo contrario. Que tu silencio es un bálsamo que cura las heridas de la vida y resuena en su interior y calma tantas y tantas ansiedades, tantos mares agitados en los océanos del corazón. Tu silencio llena, esponjea los campos baldíos sin futuro. Tu silencio es tu palabra y muchos no lo entendemos, hundidos en la agitación de las vacilaciones y



el desconcierto. De senda rasgada con dirección a ninguna parte, de no ver nada tras el fin.

Son regimientos enteros los escépticos, los agnósticos, los ateos que ya no te creen, que ya no te buscan, que no esperan ni confían en Ti. Que tu posible Ser no cuenta en sus vidas porque han decidido esperar solo en sus humanas fuerzas hasta que se cierre el telón y caer en el frío silencio de la nada, el olvido, la desaparición.

Pero también somos muchos los tristes que no desistimos de buscarte, de encontrarte en algún sitio, no sabemos bien dónde, cómo. No solo en tus espacios dedicados. Tratar de buscarte y quizás encontrarte en las plazas con los niños y los yayos, en las miradas buenas, en los besos, en los abrazos, en las lágrimas de alegría y tristeza. En la luz, tu luz tan misteriosa, en los amantes, en la mar amada, en la luna que viste nuestras noches, en el tiempo que zumba en nuestras conciencias, en el silencio que a veces habla.

Ayúdanos, ayúdame a encontrarte en el alma de los tristes.

*Relato inspirado en la canción «El alma de los tristes»,  
del músico y compositor Javier Baeza y su último trabajo  
musical, «Salto al vacío».*



## Conversaciones y cervezas

Emilio, te veo con una sombra de tristeza en la mirada. Me acabas de parar en este mediodía gris de invierno, cuando parece que el tiempo se ha congelado, como nuestras expectativas, y dices que me detenga un momento, que no vaya tan deprisa y tome una cerveza contigo. Que hace tiempo que no hablamos. Tienes razón. Vivimos tan cerca y parece que estamos tan lejos... Tú en tus cosas que no parecen nada y son tu universo, y yo en las mías. Dos vías que no se encuentran desde hace tantas jornadas. Nos hemos ido alejando...

Cuentas que andas preocupado porque en tu casa las cosas no andan bien y necesitas salir y desahogarte con dos o tres litros de cerveza porque si no, explotas. Tu padre con demencia senil a sus 91 años y el maldito Alzheimer como una sombra devoradora que azota tantas conciencias, te tiene agotado.

Explicas que eres tú quien le lleva y trae, pues aún conservas parte de tu fuerza de los 20, 30 y 40 años, y lo metes en la bañera y lavas y cambias. Nadie más de tu familia puede. Te lamentas de que un día se te escapó, se resbaló entre tus manos de hombre bueno y se rompió la cadera. Te acusas de haber sido culpable de ese daño y te digo y repito que no echas más cruces sobre tus costillas, que con las tuyas ya tienes bastantes y tú solo no puedes cargar con todas las culpas del mundo. Ni siquiera con las de tu familia. Ni siquiera con las tuyas propias. Aprietas los dientes. Miras

con tu airada mirada azul y el entrecejo tenso y marcado como si quisiera romperse y afirmas que no es justo, que por qué tiene que ser así. Tu padre castigado por la enfermedad mental en una silla de ruedas. Tu madre también mayor con 88 años y cansada por mil batallas, el médico también te ha dicho que puede recorrer la ruta de tu padre, como un fantasma dispuesto a precipitarse en cualquier momento.

Tu hermano mayor con la amenaza de la enfermedad más silenciosa y terrible de los siglos XX y XXI, que le está minando el cuerpo y el alma. Tu hermana menor con los ataques epilépticos que, a veces, le hacen caer en el duro suelo con las pisadas de indiferencia de los demás como telón de fondo. Tú mismo con las mismas heridas que tu hermana. Tu hermana mayor que te grita, supongo que por la situación de impotencia que vive y no poder evitar lo irremediable. Muchas veces te he dicho que debería haberse ido hace tiempo ya a su propia casa y no habría asistido en primera persona al descenso del crudo invierno en el hogar familiar, como tú resistes como gladiador activo frente a la desolación. Increpas al de Arriba y le preguntas por qué permite estas oscuras cosas que no entiendes, que no sabes si consiente. No sé, querido Emilio, responderte a estas preguntas fundamentales. Al igual que tú, cada día estoy más perdido y cuesta lograr respuestas a esta maravillosa vida dura de todos los días y su desconcertante aura de misterio. Apenas puedo contestarte. Solo mis pobres creencias que me sostienen para continuar los pasos y no quedarme en el rincón de los desvalidos condenados al olvido. Veo que no haces mucho caso a mis palabras, como si no te convencieran, como si no te las creyeras. Cuesta fuerzas rebatirte y lo intento. Como tú, cada día tengo menos respuestas a más preguntas. Sí, te digo que he decidido seguir en el camino porque nadie me recogerá si me quedo en un rincón con las manos apretadas entre las rodillas. No sé si te sirve, pero es lo mejor que puedo decirte en este momento.

Tus ojos, que a veces se apagan, fulguran con alegría cuando recuerdas momentos pasados, fragmentos de nuestra vida juntos que parecen la prehistoria de nuestra biografía común sentimental y tú recuerdas, rememoras mucho mejor que yo. Tengo diluido el pasado, pero tú lo tienes marcado con vivos colores, como si vinieran de ayer, qué digo ayer, hoy mismo o mañana. Supongo que la memoria es sabia, selectiva. Aquellos momentos, los instantes que nos proporcionaron felicidad que soñamos eterna. Con el correr de los días se ha convertido en bruma en mi caso, pero tú mantienes viva, fresca, intachable, nunca emborronada. Me recuerdas cuando fuimos a buscar los hierros que dejaban varados mientras construían la estación de autobuses. En fila india los cargamos en nuestros infantiles brazos para venderlos al chatarrero cercano y comprar kikos, pipas, caramelos, algunos pitillos. Aquella fue la aventura de los esforzados legionarios que no consiguieron su recompensa porque el tipo nos exigió el maldito DNI y ninguno lo teníamos. El bastardo nos exigió devolver la mercancía prestada y remitirla a su destinatario aún en esqueleto bajo la advertencia de llamar a la Policía si no cumplíamos su requerimiento. Rechinamos las mandíbulas y emprendimos el viaje de regreso, pero las bolsas se rompían y los hierros quedaban desperdigados en el camino de vuelta. El peregrinaje inolvidable de los hierros y aún te ríes y revives como si estuviera ocurriendo ahora, con nitidez cercana, como si estuviera sucediendo ahora mismo y volviéramos a protagonizar este episodio de nuestra infancia.

Trazas en el aire los movimientos del lanzamiento de la pelota al aro cuando nos soñamos jugadores de baloncesto y disputábamos partidos hasta las últimas luces en el patio del colegio. Tú, con tu fuerza de Hércules y tus brazos poderosos, fruto del lanzador a buena distancia. Yo te mareaba con el juego de piernas. Pivotaba la pelota, el control del balón hasta llegar debajo de la canasta. Te volvías loco

para recuperar el esférico, pero cuando lo conseguías, debía hacer esfuerzos improbables para recuperarlo. Tú lo resguardabas con tus brazos como troncos segadores y no había manera de reconquistar la ansiada pelota.

Evocas, con afán que a mí también me alegra, aquellos partidos de fútbol en la pista de mármol de la Ciudad Deportiva. Cuando el grupo del barrio nos dirigíamos los sábados y domingos por la tarde a enfrentarnos al equipo de Johnny, que venía impecablemente con la camiseta del Barcelona. Aquellos encuentros hasta que se agotaban las luces eran reuniones obligadas, institucionales. El equipo que perdía retaba al otro a verse las caras la semana siguiente y reiniciar el duelo balompédico para buscar reconquistar el título, la dignidad perdida. Tú te retrasabas a la defensa, a donde yo también volví cuando observé que perdía fuelle, primero en la delantera y luego en el centro de tanto subir y bajar y defender se hacía una tarea imposible. Eran finales gloriosas. De horas, cuando el tiempo nos esperaba y nos creíamos inmortales. Te reprochábamos tus fallos en la zaga, cómo te robaban la pelota y dejabas indefenso a nuestro portero. Cómo te robaban el esférico, pero tú nos acusabas de no bajar rápido y dejarlo solo ante el vendaval contrario. Tenías razón. Agotados, derrengados con algún kilo de menos y las piernas derrotadas, siempre acabábamos en el *camping* para disfrutar de una merendola a base de cervezas y bocadillos o en el Penalty hasta agotar las monedas de nuestros menguados bolsillos.

Fueron tiempos inolvidables. Gloriosos. Antes que las inquietudes del presente cubrieran de niebla nuestros ojos e intuyéramos ya que formábamos parte de la ingente cola de los vencidos. Ya sabemos que no pintamos casi nada en casi ningún sitio. Que no importamos y nadie nos echará de menos en casi ninguna casa, en casi ninguna calle, en casi ningún barrio, en casi ninguna ciudad que hemos visitado. Bueno, que he visitado, porque tú siempre has sido

reacio a viajar y salir de nuestro lugar originario porque ya intuías que allí nadie te esperaba, a nadie importabas. Nadie te echaría de menos cuando te marchases y tus pisadas, tus huellas por aquellos espacios visitados caerían al día siguiente en el olvido. Pero todas estas certezas las veríamos más tarde, cuando nuestros amigos empezaban a apartarse de nuestro lado y dejaban de salir con nosotros a los *pubs* donde bebíamos y, a veces, nos metíamos en trifulcas por chicas o por el alcohol que no domábamos. Como aquella vez que Jesús se pasó desde primera hora en Nochevieja en aquella discoteca con los cubatas y armó una gresca de la que salimos indemnes de milagro porque tú sacaste, no sé de dónde, un enorme palo de madera más alto que mi cuerpo y amenazaste a metérselo al primero que se acercase.

No nos abandonaron nuestros amigos, Emilio. Empezaron a construir su propia vida y la aparición de sus novias, luego mujeres, separó algunos lazos que a ti te costó comprender y yo veía como un proceso vital inevitable. Los Manolos se fueron, Pepe Cuéllar, Jesús, Alberto y su hermano Paco... Hasta quedarnos nosotros solos a la altura de las últimas postrimerías de los treinta. Volviste a rebobinar recuerdos como cuando te subías al almacén de Carancha y robabas bolsas de pipas y kikos después de recuperar la pelota que encalábamos en el tejado. Cogías bolsas enteras que nos duraban toda la semana y nos comíamos en aquellas tardes doradas que parecían de ensueño y para siempre. Te lanzabas desde las ramas alargadas de aquel árbol de secano como un tarzán urbano y repetías la aventura una y otra vez como si te lanzaras al abordaje del barco enemigo para lograr el soñado botín. O aquellos partidos de fútbolín o de las mesas de aire en casa del tío Botijo. Los derbis que radiábamos nosotros mismos. Lanzabas unos cañonazos desde la defensa que daban miedo. La pelota blanca de mármol saltaba por encima de la cancha y corríamos serio riesgo de pelotazo en la cara o en nuestra cabeza. Parecías el baluarte

sansoniano de la retaguardia, aquí sí, no en la Ciudad Deportiva, donde se te colaba el balón por entre las piernas y nos causaba los mayores estropicios goleadores.

Lo cuentas todo como una secuencia cercana, como si hoy mismo estuviera ocurriendo, lo viviéramos ahora. Como si acabáramos de recoger los hierros o subieras a la azotea por las pipas o termináramos de jugar los partidos de baloncesto y de fútbol o nos metiéramos en el gaznate los primeros cubatas en el Parador antes de asaltar las promesas de la noche. Las salidas a los *pubs* y tascas para llenar nuestros depósitos de alcohol y observar a las mujeres que rondaban la noche y casi nunca nos deseaban.

Emilio, nos guste o no, ese tiempo pasó, paso a paso, día a día, como testigo silencioso de nuestros pasos y ya no somos los jóvenes de entonces cuando nos creíamos emperadores del tiempo y señores de las jornadas. Cuando las responsabilidades apenas apretaban nuestras camisetas y nuestros padres y nuestras familias, nuestros hermanos y amigos soñaban los besos de la inmortalidad. Se han gastado los días y las semanas y los meses y ya no somos los mismos. Las canas visten nuestras sienes y nuestras barbas y, por desgracia, también nuestro pecho. Y tú y yo nos hemos quedado solos y no hemos formado nuestra propia familia y no hemos tenido hijos. No podemos luchar contra las circunstancias del reloj y hemos perdido en el envite. Cada cual ha buscado su felicidad convencional y nosotros somos ahora islotes solitarios y nuestros padres mayores o ya están en la orilla incógnita del otro lado. Y esta situación ni tú ni yo la podemos cambiar. Escuchas. Asientes. Entornas los ojos y miras para otro lado. Bebes un buen trago de cerveza mientras se te marca el gaznate y damos buena cuenta de los panchitos. Dos solitarios perdedores alrededor de una mesa de un bar de un barrio que no importa a nadie.

Y te das cuenta, nos damos cuenta de que nuestra presencia no es necesaria, como piezas perfectamente



sustituibles en esta noria que no se para por nuevas generaciones que te sustituyen sin misericordia. Que la vida, hoy, mañana, puede seguir y seguirá sin nosotros, que la maquinaria del mundo seguirá con nuestra desaparición y a casi nadie le importará un carajo. Es el precio que pagamos por los años de conciencia crítica y la observación de la realidad cambiante y acrobática. Y sabemos tú y yo que ese puente de esquinas sibilantes no podemos cambiarlo y nosotros no hemos sabido adaptarnos a la coyuntura como otros sí han hecho para sobrevivir.

También te digo que prefiero estar solo a como están otros; separados, divorciados de sus parejas. Exiliados de sus hijos y volviendo con el pescuezo humillado a los cincuenta a casa de los padres y con la guillotina presente de la cárcel si no pagas la manutención de los hijos. Buenas alforjas se han labrado algunos para seguir el camino del amor roto. No es nuestro caso, que no nos hemos casado y por tanto separado.

Sigamos con nuestras cervezas y te pido, te suplico que no te impongas sobre tus hombros más cruces, más culpas que no son tuyas. Tú no eres el eccehomo que puede cargar con los pecados de tu familia, del mundo. Te lo recuerdo y callas como si no quisieras escucharme, porque entenderme sí sé que me entiendes. Y te digo, te imploro que sigas camino, aunque no sepas, no sepamos cómo bailarán las jornadas y las piedras y meandros que encontraremos por el trayecto. La vida puede tener bombones que ni tú y yo sabemos el sabor que tendrán cuando los disfrutemos.